

PARTE II. Las fuerzas que se dirigieron contra el Rosellon eran mas formidables. Mandábalas el mariscal de Rieux, oficia lvaliente y de esperiencia, aunque muy quebrantado por los años y enfermedades. Ascendian á mas de veinte mil hombres; pero el número era lo que constituía su principal fuerza. A escepcion de unos miles de *lansquenets* que mandaba Guillermo de la Marck¹⁹, se componian del *arriere-ban* del reino y de la indisciplinada milicia de las principales ciudades del Languedoc. Con este numeroso ejército el mariscal frances entró en el Rosellon, sin encontrar resistencia, y puso su campo delante de Salsas á 16 de Setiembre de 1503.

Sitio de Salsas. El antiguo castillo de Salsas, que en la guerra anterior habia sido tomado sin mucha dificultad por los franceses, habia sido puesto en regular estado de defensa á los principios de ésta bajo la direccion de Pedro Navarro, aunque las obras estaban aún por concluir. Fernando, en cuanto supo que se aproximaba el enemigo, puso mil hombres escogidos en aquella plaza, que por otra parte estaba bien provista de municiones y bastimentos para un sitio, al propio tiempo que envió una division de seis mil combatientes á las órdenes de su primo D. Fadrique de Toledo, duque de Alba, á que tomara posicion en algun punto inmediato desde el cual pudiera estar á la mira de los movimientos del enemigo y molestarle cortándole los víveres y municiones²⁰.

Lo que hizo Isabel.

Fernando entretanto no perdía tiempo en levantar por todo el reino gente con que acudir al socorro de la fortaleza sitiada. Mas en esto le llegaron noticias tan tristes acerca del estado de la salud de

se al paso de los franceses, si lo intentaban por sus estados, y para quitar á Fernando toda desconfianza, envió á residir en la corte de Castilla á su hija Margarita como prenda de su lealtad. Ferreras, Hist. d'Espagne, t. viii, página 235.

19 Hermano menor de Roberto, tercer duque de Bouillon. (D'Anton, Hist. de Louys XII, parte 2, pp. 106, 186.) No se debe confundir éste con otro del mismo nombre, el famoso "Jabalí de Ardennes," más conocido en las páginas

de la novela que de la historia, que pereció unos veinte años antes, en el de 1484, no en el campo, sino á manos del verdugo en Utrech. Duclos, Hist. de Louys XI, t. ii, p. 379.

20 Gonzalo Ayora, capitan de la guardia real, Cartas al rey D. Fernando (Madrid, 1794), carta 9.—Aleson, Anales de Navarra, t. v, pp. 112, 113.—Garnier, Hist. de France, t. v, p. 407. Zurita, Anales, t. v, lib. 5, cap. 51.—Abarca, Reyes de Aragon, t. ii, rey 30, cap. 13, sec. 11.

la reina, que le movieron á partir de Aragon, donde se hallaba, dirigiéndose á toda prisa á Castilla, adonde llegó en pocas jornadas. Pero parece que las noticias habian sido exageradas, porque no halló motivo de cuidado inmediato. Así que, Isabel, siempre dispuesta á sacrificar sus particulares inclinaciones á la salud pública, persuadió á su marido á que volviera al teatro de operaciones, donde en aquellas circunstancias era tan importante su presencia. Y todavía, sin reparar en su salud, hizo los mas grandes esfuerzos para reunir al momento tropas con que auxiliar á Fernando. Al efecto comisionó al condestable de Castilla para levantar gente en todo el reino, al mismo tiempo que los nobles principales venian con sus huestes desde las provincias mas distantes, rivalizando en deseos de acudir á la menor insinuacion de su amada reina. Reforzado de esta manera Fernando, que habia establecido su real en Gerona, en menos de un mes se vió á la cabeza de un ejército que con la gente de Aragon llegaba á diez ó doce mil de á caballo y tres ó cuatro tantos de peones. No se detuvo ya, y como á mediados de Octubre movió su ejército, proponiéndose juntarse con el del duque de Alba, que por entonces estaba delante de Perpiñan, á pocas leguas de Salsas²¹.

Isabel, que se hallaba en Segovia, recibia noticias de todos los movimientos del ejército, por medio de espresos establecidos con cierto orden para este efecto. Luego que supo que habia salido de Gerona, se llenó de inquietud viendo que muy pronto habria de haber un encuentro con el enemigo, cuya derrota, por mas gloriosa que pudiera ser para sus armas, al fin habia de comprarse á costa de sangre cristiana. Así es que escribió á su marido pidiéndole muy encarecidamente que no procurase reducir á los enemigos al último aprieto cerrándoles la retirada á su país, sino que dejase el cuidado de la venganza

21 Gonzalo Ayora, Cartas, cap. 9.—Zurita, Anales, ubi supra.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 197, 198.—Carvajal, Anales, MS., año 1503.—Sandoval, Hist. del Emp. Carlos V, t. i, p. 8.—Col. de Cédulas, t. i, núm. 97.

Las noticias mas exactas, acerca del sitio de Salsas, se encuentran en la correspondencia de Gonzalo de Ayora, es-

crita desde el campamento español. Este sugeto, no menos señalado en las letras que en las armas, desempeñó los cargos, bien diversos, de capitan de la guardia del rey y de cronista del reino. Por este tiempo servia en el ejército y asistió á todas sus operaciones. Prefacio á las cartas de Ayora y Nicolas Antonio, Bibliotheca Nova, t. i, p. 551.

PARTE II. á la justicia de aquel á quien solo pertenecía. Isabel, juntamente con todos los de su servidumbre, pasaba los dias en ayunos y en continua oracion; y en el fervor de su piadoso celo visitaba personalmente los diferentes monasterios de la ciudad, distribuyendo limosnas á los religiosos y religiosas, y suplicándoles humildemente que rogasen al Todopoderoso se dignara librarlos de la calamidad que amenazaba²².

Felices resultados obtenidos por Fernando.

Las oraciones de la piadosa reina y de su corte fueron escuchadas por el cielo²³. Llegó el rey Fernando á Perpiñan el 19 de Octubre, y en aquella misma noche el mariscal frances, no considerándose con fuerzas suficientes para resistir á los de España, levantó el campo, é incendiando sus tiendas, emprendió su retirada hácia la frontera, despues de haber empleado inútilmente en el sitio cerca de seis semanas. Fernando siguió el alcance al enemigo fugitivo, cuya retaguardia no dejó de sufrir algun daño de los ginetes españoles al pasar por los desfiladeros de los montes; pero iba la retirada tan bien dirigida y en tan buen orden que no era posible sufriera gran pérdida. Los franceses lograron por fin recogerse al abrigo de la artillería de Narbona, hasta cuyos muros continuó persiguiéndolos su victorioso enemigo. Dejaron varias plazas de la frontera, como Leucata, Palma, Sigean, Roquefort y otras, en poder de los españoles, que las saquearon llevándose todo lo que encontraron, pero sin causar ningun daño en las personas de los habitantes, á quienes, como á cristianos, Fernando no quiso hacer ni aun prisioneros, si hemos de creer á Mártir²⁴.

²² Pedro Mártir, Opus Epist., epistola 263. este maligno ruego en sus cartas, carta 9, p. 66.

El buen capitán Ayora no da por su parte muchas muestras de esta lenidad cristiana: concluye una de sus cartas rogando, sin duda muy de veras, "que el Todopoderoso infunda menos benevolencia en los corazones de los reyes y los mueva á castigar y humillar la insolencia de los franceses, y á despojarlos de sus mal ganadas posesiones; lo cual, por mas repugnante que sea á sus buenos sentimientos, contribuirá en gran manera á llenar sus arcas, así como las de sus fieles y adictos súbditos." Véase

²³ "Exaudivitigitur sanctæ reginæ religiosorumque ac virginum preces summus Altitonans." (Pedro Mártir, Opus Epist., epist. 263.) El bueno del erudito tebanos usa de un epíteto, que sonaba mejor á los oídos de los griegos y romanos que de los cristianos.

²⁴ Zurita. Hist. del rey Hernando, t. I, lib 5, cap. 54.—Abarca, Reyes de Aragon, t. II, rey 30, cap. 13, sec. 11.—Pedro Mártir, Opus Epist., epist. 264.—Carvajal, Anales, MS., año 1503.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap.

El monarca español no se proponía conservar estas plazas, y así es que desmanteladas algunas de las que hicieron mayor resistencia, se volvió á sus dominios cargado de los despojos de la victoria. "Si hubiera sido tan buen general como buen político," dice un historiador español, "podía haber penetrado hasta el corazón de Francia²⁵." Pero era Fernando demasiado prudente para intentar conquistas, que solo habian de poder conservarse (si es que no era imposible) á costa de infinita sangre y tesoros. Habia vindicado suficientemente su honor, saliendo al encuentro del enemigo con toda presteza y rechazándole victoriosamente al otro lado de sus fronteras, y como príncipe prudente no quiso aventurar todo lo que habia ganado por ganar mas, sino emplear los triunfos adquiridos como medios ventajosos para entrar en negociaciones, en que siempre tuvo mas confianza que en las armas.

En esto su buena estrella le favoreció todavía mas. La escuadra á tanta costa armada por el rey de Francia en Marsella, en cuanto salió á la mar, se vió combatida por una gran tormenta, de que quedó tan mal parada que tuvo que regresar al puerto sin haber podido hacer ningun desembarco en las costas de España.

198.—Garnier, Hist. de France, t. v, pp. 408, 409.—Gonzalo Ayora, Cartas, carta 11.—Oviedo, Quinc., MS., diál. de Deza. scrutator aliunde; mea est, si nescis. Maximam dedit ea, Dies, quæ est, si nescis, calendarum Novembrium sexta, Hispanis ignominiam, et aliquando jacturam illis pariet collachrymandam." Carta al cardenal de Santa Cruz, epistola 262.

Pedro Mártir no parece que tenia ninguno de los escrúpulos de Isabel con respecto á obligar al enemigo á la batalla. Al contrario, lamenta mucho y censura la tardanza y flojedad del rey en este particular. "Quare e'ucescente die moniti nostri de Gallorum discessu ad eos, at sero, concurrerunt. Rex Perpiniani agebat ad millia passurum sex non brevia, ut nosti. Propterea sero id actum, venit concitato cursu, at sero. Ad hostes itur, at sero. Cernunt hostium acies, at sero, at á longe. Distabant jam milliarum circiter duo. Ergo sero Phryges sapuerunt. Cujus hæc culpa, tu

²⁵ Aleson, Anales de Navarra, t. v, p. 113.

Oviedo, que estuvo en esta campaña, parece que fué de la misma opinion; por lo menos dice: "Si el rey los hubiera perseguido con vigor, no hubiera quedado vivo un frances para llevar á su tierra la noticia de la derrota." A creer lo que añade Oviedo, Fernando desistió de la persecucion por las incesantes persuasiones del obispo Deza su confesor. Quincuagenas, MS.

PARTE II.

Tregua entre
Francia y Es-
paña.

Tantos desastres reunidos desalentaron de tal modo á Luis XII, que consintió en entrar en negociaciones para convenir en una suspensión de hostilidades, que finalmente fué ajustada por la mediación de su pensionado D. Fadrique, el rey que fué de Nápoles. Esta tregua solo habia de comprender á los dominios hereditarios de los dos monarcas, dejando á Italia y los mares que la circundan como teatro comun donde las partes rivales pudieran acometerse y decidir sus respectivos derechos con la punta de la espada. Al principio solo se pactó la tregua por cinco meses, pero despues se prorogó hasta tres años. Dió á Fernando lo que mas necesitaba, esto es, espacio y medios para proveer á la seguridad de sus conquistas de Italia, sobre las cuales iba á estallar muy pronto con furia mucho mayor que nunca la tormenta de la guerra ²⁶.

El desgraciado D. Fadrique, que habia sido sacado de su oscuridad para que tomara parte en aquellas negociaciones, murió al año siguiente. Es cosa singular que el último acto de su vida política fuera intervenir como mediador de paz entre los reinos de los dos monarcas que se habian reunido para despojarle á él del suyo.

Reflexiones sobre esta campaña.

Los resultados de esta campaña fueron tan honoríficos para España como desastrosos y humillantes para Luis XII, que vió en todas partes batidas sus armas, y sus grandiosos preparativos de escuadras y ejércitos deshacerse como por encanto en menos tiempo que se habian formado. El inmediato triunfo de los españoles puede atribuirse indudablemente en gran parte á la mejor organizacion y disciplina introducidas por los reyes en la milicia de la nacion al concluirse la guerra de los moros, sin lo cual difícilmente hubiera sido posible reunir con tanta celeridad sobre un punto distante tan grandes masas de hombres bien armados y pertrechados para entrar en campaña.

26 Zurita, Anales, t. v, lib. 5, cap. 55.—Abarca, Reyes de Aragon, t. II, rey 30, cap. 13, sec. 11.—Pedro Mártir, Opus Epist., epist. 264.—Lanuza, Historias, t. I, cap. 17.—Garibay, Compendio, t. II, lib. 19, cap. 16.—Machiavelli, Legazione prima á Roma, let. 27.

Mr. Varillas cuenta como principal flaco de Luis XII, "une demangeaison

de faire la paix à contre temps, dont il fut travaillé durant toute sa vie." (Politique de Ferdinand, liv. 1, p. 148.) Cierta política mas sagaz que Varillas, De Retz, da acaso mejor esplicacion de esta conducta, haciendo observar que "les gens foibles ne pulient jamais quand ils le doivent."

CAP. XIII.

¡Tan pronto habia de experimentar la nacion los saludables efectos de aquellas sábias providencias!

Y son dignos de mencionarse aquellos resultados, no solo como muestra de los recursos del país, sino todavía mas como prueba de la unidad del sentimiento de patriotismo que ya en todo él reinaba y que era lo único que podia hacerles producir todos sus frutos. En lugar de aquellos mezquinos celos locales, que por tanto tiempo habian tenido alejados y enemistados á los pueblos de las diversas provincias, y mas especialmente á los dos reinos rivales de Aragon y Castilla, se habia ido formando progresivamente un sentimiento comun de nacionalidad, semejante al que une las partes constituyentes de un mismo estado. A la primera voz de amagos de invasion por las fronteras de Aragon, todas las provincias del reino hermano de Castilla, desde los fértiles valles del Guadalquivir hasta las elevadas cimas de los montes de Asturias, respondian al apellido, cual si fueran de un mismo reino, y enviaban como hemos visto sus numerosas huestes á rechazar al enemigo y llevar la guerra dentro de su propio país. ¿Qué contraposicion no presentaba este estado con la fria y mezquina economía con que treinta años antes daba la nacion sus subsidios al rey D. Juan II, padre de Fernando, cuando se le dejó solo contra todo el poder de Francia en aquellas mismas partes del Rosellon? Tales fueron las consecuencias del glorioso enlace, que reunió bajo un solo imperio los reinos pequeños y antes discordes de la Península, y que creando intereses comunes y un mismo espíritu general los iba disponiendo á constituir una sola y grande nacion, una é indivisible, como debia serlo por naturaleza.

Los que no se han visto en el caso, de tener que examinar la verdad de los hechos históricos, apenas podrán formarse idea de los débiles fundamentos sobre que hay que construir la mayor parte de la narracion. Eexceptuados unos pocos rasgos principales, en lo demas, acerca de los pormenores se encuentra tal variedad y contradiccion, aun en los escritores contemporáneos, que casi parece tan imposible presentar el verdadero aspecto de una época dada, como lo seria trasladar al lienzo el retrato fiel de una persona por la descripcion de sus facciones mas prominentes.

Obstáculos que se oponen á la exactitud histórica.

PARTE II.

Parece que gran parte de estas dificultades debían haber desaparecido en el punto en que vamos de la historia de Italia, que ha sido escrita é ilustrada por tantos autores; pero en realidad se encuentra uno más bien deslumbrado que ayudado por la multitud de luces encontradas que hieren los ojos en este camino y por la infinita variedad de puntos de vista desde los cuales se haya mirado cada objeto. Además de las preocupaciones locales y de interés de partido con que hubimos de tropezar y luchar en los historiadores contemporáneos españoles, hallamos ahora una multitud de preocupaciones nacionales, no menos enemigas de la verdad al propio tiempo que lo lejano del teatro de la acción necesariamente produce otras mil equivocaciones en las gárrulas y crédulas crónicas de Francia y de España.

El modo con que se seguían en aquella época las negociaciones diplomáticas añade nuevos obstáculos á nuestras investigaciones para descubrir la verdad. Eran aquellas consideradas entonces como negocios personales del soberano, en que la nación no tenía ningún derecho á intervenir, y se dirigían y arreglaban, como sus demás asuntos particulares, bajo su vigilancia sola y sin intervención de ninguna otra autoridad ó parte del gobierno. De consiguiente se tenían bajo un secreto impenetrable, del que solo salían al público aquellos resultados que al monarca convenían, y aun respecto de éstos no se puede tener seguridad de que presenten la verdadera intención de los interesados. La ciencia de la diplomacia, como entonces se practicaba, permitía un sistema de artificio é inmoral doblez, que disminuye en gran manera el crédito de los documentos oficiales que estamos acostumbrados á mirar como los fundamentos más sólidos de la historia.

Los únicos documentos que podemos admitir con entera confianza son las cartas privadas de los contemporáneos, que por su misma naturaleza están exentas de la mayor parte de las restricciones y afectaciones que más ó menos se encuentran en toda obra escrita para darla al público. Tales comunicaciones son ciertamente como la voz de los tiempos pasados, y cuando proceden, como sucede con las de Mártir, de personas que á su talento reunieron buenas proporciones para saber y observar los sucesos, adquieren un valor superior á toda estimación. Entonces, lejos de esponernos solamente los resultados, nos introducen en lo más recóndito de los talleres donde estos se elaboran, y penetramos en todas las dudas, pasiones y proyectos que agitan los ánimos de los actores. Desgraciadamente en éstas, como en las demás correspondencias de su clase, cuando no se han escrito desde el principio para que sirvan para la historia, se encuentra cortada la serie de los sucesos por vacíos é interrupciones. Pero los rayos de luz que se hallan derramados sobre los puntos más importantes producen tan gran claridad, que nos ayudan po-

CAP. XIII.

derosamente á descubrir el camino por medio de los pasos más oscuros y du-
dosos de la historia.

La oscuridad en que se halla envuelto este periodo no ha sido disipada por aquellos escritores modernos que, como Varillas, en su bien conocida obra titulada *Politique de Ferdinand le Catholique*, pretenden tratar el asunto filosóficamente, dando menos atención á los hechos que á sus causas y consecuencias. Estos ingeniosos escritores, que rara vez toman las cosas como las encuentran, parece que creen que la verdad solo se halla buscándola muy honda debajo de la superficie. Preocupados con este deseo de descubrir causas más profundas, rechazan todo lo que es natural y obvio; son inagotables en conjeturas y deducciones ingeniosas, é infieren tanto de lo que no se ha dicho ni hecho como de lo que se ha hecho. En una palabra, refieren al lector los pensamientos de su héroe en todas ocasiones tan completamente como pudiera hacerlo un escritor de novela. Todo esto podrá ser muy agradable, y para personas fáciles en creer muy satisfactorio, pero no es la historia. Puede recordarnos la admiración que manifestó en cierto caso el cardenal de Retz, de la presuntuosa arrogancia de aquellos que hallándose distantes del teatro de los negocios pretendían descubrir todos los resortes secretos de la política, que él mismo ignoraba siendo parte principal en ellos.

No ha habido á la verdad príncipe alguno, que haya sufrido más por esta injusta licencia, que Fernando el Católico. Su fama de diestro y astuto político al instante suministra la clave para dar razón de todo lo que es misterioso ó no se puede explicar de otro modo en su gobierno, al mismo tiempo que á escritores como Gaillard y Varillas los tiene en continuo anhelo de buscar para todo los motivos más secretos y sutiles, como si hubiera siempre que descubrir alguna cosa más de lo que á primera vista aparece. En lugar de juzgarle por las reglas generales de la conducta humana, todo se atribuye en él á la astucia y estratagemas; no se tienen en cuenta ni las irregularidades del curso de las cosas, ni las pasiones y casualidades de la vida: toda acción procede de un cálculo previsor igual al que regula los movimientos de las figuras del ajedrez; y de esta manera se da á este rey un carácter de consumado artificio, que no solo no tiene apoyo en pruebas históricas, sino que se halla en manifiesta contradicción con los principios de la naturaleza humana. La parte de nuestro asunto comprendida en el presente capítulo, ha sido por mucho tiempo gran motivo de cuestiones entre los historiadores franceses y españoles; y la oscuridad que en ella se encuentra, ha dado á los escritores de la clase á que hemos aludido un campo dilatado para formar conjeturas que no han dejado de explotar á todo su sabor.

Escritores especulativos en materias de historia.